

tilo y una ó dos flechas de la basílica; los últimos religiosos han referido esta leyenda á los habitantes de la ciudad que la transmiten á los viajeros.

Su alma, consumida por el fuego de la pasión y por el fuego del genio, desalentada por el infortunio y por la persecución no le prometía largos días. Estinguióse en los brazos de su amigo, dos años y algunos meses después de haber pisado los umbrales hospitalarios de Cluny.

La amistad de Pedro el Venerable no se creyó satisfecha hácia su amigo después de haberle sepultado; entró por su caridad verdaderamente divina, en la piadosa complicidad de un amor que tanta sangre, arrepentimiento y lágrimas habían consagrado á sus ojos; comprendió que su amigo en el cielo y Eloisa en la tierra le pedían el último consuelo de la unión, á lo menos en el sepulcro. No se creyó culpable por condescender, á pesar de su santidad, á estas debilidades ó á esta ilusión del amor, que no habiendo podido confundir dos vidas, quiso al menos confundir dos cadáveres pero temiendo la sombra del escándalo, cubrió con el misterio el piadoso robo que hizo él mismo en el cementerio de *San Marcelo*, oratorio dependiente de su abadía, en el cual Abelardo estaba inhumado. A nadie confió el cuidado de acompañar los restos de su amigo para entregarlos á Eloisa; ninguna otra mano era digna de tocar este depósito que la mano de un santo y de una esposa. Levantóse durante las tinieblas, exhumó el féretro de Abelardo y le trasladó al Paracleto; él escribió el epitafio de su amigo: «*Platon de nuestra edad, igual ó superior á todo lo que vivió, soberano del pensamiento, reconocido por todo el universo, sobrepujaba á la humanidad por la fuerza de la idea y por la fuerza de la elocuencia. Su nombre fué Abelardo!*»

Se encargó de ser el padre de un hijo que Eloisa y Abelardo habían tenido en su unión antes de su desgracia y de su consagración al claustro.

XIV.

Eloisa, después de haber recibido con lágrimas el féretro de su esposo, le sepultó en el cementerio del Paracleto, en la bóveda donde ella se guardó su sitio conyugal en el lecho de la muerte. Pedro el Venerable celebró las exequias.

Este culto en comun por la misma memoria estrechó los vínculos de admiración y de reconocimiento que unían al abad de Cluny con la viuda del Paracleto. Pedro el Venerable remitió á Eloisa en una carta, donde iba im-

presa su caridad evangélica, todas las circunstancias del fin y de la muerte de Abelardo, que podían consolar santificándola el dolor de una eterna viudez. Al hombre que escribió una carta tan original y afectuosa la religión le debía una estatua. Jamás la ternura divina se mezcló con más indulgencia con la ternura humana; jamás la santidad tuvo más condescendencia y la virtud más misericordia. Se ve con qué delicadeza de sentimiento y de expresión, conduce hasta en la muerte, la imagen de estas *nupcias eternas*, imperecedera inspiración de Eloisa. La amistad de semejante hombre, y el amor de esta mujer bastarían para atestiguar que Abelardo mereció más de su siglo que lo que generalmente cree la posteridad.

Eloisa sobrevivió veinte años á su esposo, sacerdotisa de Dios, dada al culto de un sepulcro en la soledad del Paracleto.

Cuando sintió la muerte tanto invocada, pidió á sus hermanas que depositaran su cuerpo al lado del de su esposo en el féretro de Abelardo. El amor que los había unido y separado durante su vida por tantos prodigios de pasión y de constancia, pareció señalar por un nuevo prodigio su sepultura. En el momento en que se abrió el féretro de Abelardo para depositar en él el cuerpo de Eloisa, los brazos del esqueleto comprimidos veinte años, se dilataron, dicen, se abrieron y parecieron reanimarse para estrechar á la esposa devuelta al amor celeste con su eternal abrazo. Esta credulidad de los tiempos, transformada en milagro de amor, fué referida por los historiadores, cantada por los poetas, y consagró en la imaginación del pueblo la santidad de los dos esposos.

De este modo reposaron quinientos años en una de las naves del Paracleto, tan pronto separados por los escrúpulos de la abadesa, tan pronto reunidos nuevamente para obedecer al voto conyugal que había salido de su vida, de su muerte y que salía además de su tumba.

La revolución francesa que arrojó al viento tantas cenizas profanadas de los reyes y de los príncipes de la Iglesia, respetó las cenizas de los dos esposos. En 1792, habiendo sido vendido el Paracleto como propiedad eclesiástica, la ciudad de Nagent recogió las tumbas, y las abrigó solemnemente en su nave. En 1800, Luciano Bonaparte, celador de las cartas y colector de las reliquias del pasado, autorizó á un artista piadoso, á Mr. Louvir, para trasladar este féretro al museo de los monumentos franceses en París.

En 1815, el gobierno de los Borbones, que relevaba piadosamente todas las tumbas para dar al pueblo el culto de lo pasado, quiso restituir á la abadía de San Dionisio el féretro de Abelardo y Eloisa, que no le pertenecía más que como el proscrito pertenece al perseguidor. Ultimamente pasó al cementerio del pa-

re Lachaise. Allí se ven todavía las estatuas de Eloisa y de Abelardo rodeadas de coronas de flores fúnebres eternamente renovadas, sin que se vea la mano que las deposita. Parece que tienen una parentela eternal con todas las generaciones que se suceden sobre la tierra. Son las almas amantes separadas por la muerte, por la persecución ó la inflexibilidad del mundo, de lo que aman aquí abajo ó de lo que

lloran en el cielo. Atestiguan tanto como pueden con estas ofrendas misteriosas, su admiración por la constancia y por la pureza en las pasiones. Atestiguan la unión póstuma de estos dos corazones, que traspusieron la ternura conyugal de los sentidos al alma, que espiritualizaron la más ardiente y la más sensual de las pasiones, y que hicieron un holocausto, un martirio y casi una santidad del amor.

FENELON.

El año de 1651 de J. C. —

PRIMERA PARTE.

I.

De todos los hombres modernos, el mas parecido á uno de aquellos sabios de la antigüedad, es Fenelon; es en efecto hermoso de rostro, como los jóvenes discípulos de Cristo que nos representa el pincel de Rafael en su San Juan dormido sobre el seno de su Divino Maestro; conversa, paseándose por los jardines de Versailles como Platon en los jardines de la Academia; pulsa la lira como Homero, y canta, como los rapsodas, las fábulas sagradas del mundo antiguo; habita en el palacio de un gran rey, que nos recuerda á Ciro ó á Sesostris y da lecciones de cordura, de heroísmo, de culto divino á los nietos de este rey; vive revestido de la túnica del sacerdote, entre el vestibulo del templo y el vestibulo del palacio; marcha desde la corte al altar, desde la soledad al trato con los políticos, los literatos, los palaciegos, las favoritas del señor del imperio; es á un tiempo mismo legislador y poeta, republicano y pontífice. Trata de introducir en el gobierno la caridad y la igualdad cristianas; quiere que como el antiguo Egipto la ley religiosa y la ley civil no se contradigan en la política del imperio; medita en las antepasas del poder absoluto las instituciones de la libertad; vislumbra desde la altura de su piedad sublime las perfecciones y hasta las quimeras de sociedades políticas, que son el germen y al-

guna vez el tropiezo de los filósofos legisladores, padres de la revolucion francesa. Las lágrimas que derramaba por la suerte de los pueblos y las máximas en que imbuía al heredero del trono, inquietaban al monarca que temia que se corrompiese en su sucesor el espíritu monárquico, por ese exceso de virtud que lleva á los imperios á las utopias, que son como precipicios de la buena intencion; y en su consecuencia lo destierra á distancia de su corte. Retirase el filósofo llorando por la suerte del pueblo y de los principes; acócese á Dios y da lecciones y ejemplos de humildad, virtud mas costosa á los hombres de carácter elevado que á todos los demas. No habiendo podido mejorar el imperio, mejora y santifica en él al hombre y al cristiano, y últimamente muere de melancolia y de santa tristeza en la oscuridad. Sus obras y sus virtudes se esparcen y multiplican despues de él, y salen de su tumba como el licor de un vaso escondido quebrado por los pies de los profanadores, y su nombre es por espacio de dos siglos el nombre de toda poesia, de toda política y de toda piedad.

Tal es Fenelon: ¿no se le podría llamar el Pitágoras ó el Platon de la Francia?

Vamos á diseñar esta vida, como una de las mas hermosas de la edad moderna.

II.

Fenelon nació de una familia noble y militar del Perigord, que vivia ya en los campos, ya en el centro de esta provincia, entre el pueblo de las aldeas, y que todavía no estaba inficionada con el aire de la corte. Su padre, Pons de Salignac, conde de Fenelon, retirado del servicio, habia tenido muchos hijos de su

primer matrimonio con Isabel de Esparbés. Viudo y ya de edad avanzada se volvió á casar con Luisa de Saint-Abre, hija de una casa noble de la provincia. Los hijos del primer matrimonio se descontentaron y murmuraban del nuevo enlace contraído por su padre, temiendo que el nacimiento de otros hijos redujese á la mas mínima parte la que de la herencia paterna habria de tocar á cada uno, y que de este modo decayese la familia de la posición que ocupaba en el país. Antonio de Fenelon, tío de esta jóven familia, noticioso de tales murmuraciones, escribió á sus sobrinos reprendiéndoles sus quejas:

«Procurad (les decia en una carta hallada en los archivos de la casa), procurad asentaros con confianza y respetuosamente con los deseos de vuestro padre: la Providencia tiene sus miras secretas que no pueden columbrar las familias: no pocas veces el lustre y la fortuna de las casas provienen de cosas que á nuestros cortos alcances les parecen las mas contrarias.» Hubiérase dicho que este tío, dotado del don de la adivinación, veía á lo lejos, en el nuevo hijo que habia de nacer, la gloria imperecedera de su nombre.

Poco tiempo despues nació de este matrimonio Francisco de Fenelon, arzobispo de Cambray. Hijo de un anciano y de una jóven, recibió de la naturaleza la madurez del uno y las gracias de la otra. Criado en la casa paterna como fruto tardío y delicado, fué educado hasta los doce años por la razon de padre y la ternura de madre que se hallan mas adelante por completo reunidas en su alma, en su carácter y en sus obras.

Los primeros alimentos de su imaginación fueron la literatura sagrada y las literaturas griega y latina enseñadas por un preceptor doméstico. Su inteligencia y su corazón, vaciados desde la cuna en los modelos clásicos de lo bello y de lo bueno de la antigüedad, tomaban naturalmente el espíritu y las formas de esta. Se pudiera decir que habia nacido el niño en Francia y en el siglo XVII; pero que su genio habia nacido en Atenas y en el siglo de Pericles. Fenelon acabó su educación en la universidad de Cahors, y la fama de su buena disposición, trasponiendo los límites de la escuela de su provincia, llegó hasta su tío Antonio de Fenelon, el mismo que habia augurado tan bien de su sobrino aun antes de que naciese. Este tío que habia alcanzado los primeros grados de la milicia, trajo á París y á su lado á su sobrino, destinándole á la Iglesia, como un peso de que se libertaba la familia echándolo sobre el sacerdocio. Hicieronle proseguir los estudios filosóficos y teológicos de mas elevación en las grandes escuelas de París, y su genio natural, fácil y precoz sobresalió en ellas como habia sobresalido en Cahors, pero en mas alto grado, y sus triunfos así como sus gracias le proporcionaron ilustres amigos. Esta gloria anticipada y este

favor general que rodeaban al jóven Fenelon dieron que temer al anciano tío su tutor, el cual se apresuró á apartar á su sobrino de las seducciones de la amistad y de la admiración, haciéndole entrar para esto en el seminario de San Sulpicio, á fin de unirle al sacerdocio por medio de los votos.

Mientras que Fenelon proseguía en este seminario sus estudios dándole dirección meritos profana, su tío, que quería dar por sí mismo á su hijo las primeras lecciones de la guerra, le conducía al sitio de Candía contra los turcos. Este hijo único recibió un balazo en una de las primeras embestidas y murió en brazos de su padre; el anciano guerrero volvió á París conduciendo el cuerpo de su hijo. Ya no le quedaba mas que una hija que dió en matrimonio al marqués de Montmorency Laval, de la ilustre casa de este nombre. La pérdida de su único hijo le unió mas á su sobrino, y siendo piadoso y virtuoso por sí mismo, quiso que el jóven neófito recibiese las órdenes eclesiásticas, como premio de la piedad y la virtud.

La imaginación acalorada del levita debía naturalmente llevarlo al heroísmo en su profesión; formó la resolución de atravesar los mares, de alistarse entre los misioneros que iban á convertir al cristianismo el Canadá, y consagrarse como los primeros apóstoles del Evangelio, á la conversión de los idólatras en las selvas del Nuevo Mundo. El aspecto de estas Tebaidas modernas llamaba su atención por la rara semejanza que tenían con la austeridad y apostolado antiguos. Su imaginación viva debía tener lo mismo en la juventud que durante toda su vida, una parte en sus sueños, del mismo modo que en su virtud. De esta manera, el que estaba destinado á civilizar la corte y á educar á los reyes, no aspiraba mas que á civilizar salvajes en la soledad del desierto. El director del seminario de San Sulpicio, hombre docto y prudente dió parte á Mr. Antonio de Fenelon de la resolución de su discípulo, el tío reprendió tiernamente á su sobrino por una falsa vocación que apagaría en las selvas de la América, una antorcha encendida por Dios para iluminar un gran siglo. Fenelon, no obstante, se resistió, pero su familia no cedió y le envió con otro de sus tíos, obispo de Sarlat, que le prohibió en nombre del cielo que prosiguiese en su designio temerario, y que le volvió á poner en el seminario de San Sulpicio para que allí consumase su sacrificio revistiéndose del carácter sacerdotal. El jóven obedeció, y ya sacerdote, permaneció en París y se ocupó por espacio de tres años en explicar la doctrina á los niños del pueblo los domingos y días festivos en la sacristía de la iglesia de San Sulpicio. Su tío el obispo de Sarlat le sacó de estas humildes funciones, llevándolo á su diócesis para hacerle nombrar representante del clero de la provincia en la asamblea general del clero.

La juventud de Fenelon hizo fracasar el objeto de la ambición de su tío, pues otro eclesiástico de alto nacimiento obtuvo los sufragios. Fenelon renovó en Sarlat su afición al apostolado lejano y poético para la conversión de los pueblos. «Meditó, escribía entonces, un gran viaje. La Grecia se abre ante mis ojos; el aislamiento retrocede; el Peloponeso se hace libre; vuelve á florecer la iglesia de Corinto y la voz del apóstol va á oírse nuevamente en ella. Veóme trasportado á aquellos hermosos lugares entre sus ruinas sagradas, para recoger en ellas con los mas curiosos monumentos, el espíritu mismo de la antigüedad. Visito aquel *Areópago* en que San Pablo anunció á los sabios del mundo antiguo el Dios desconocido; pero lo profano viene despues de lo sagrado, y no me desdengo de descender al Pireo, donde Sócrates concibió el plan de su república. No te olvidaré, oh isla consagrada por las visiones del discípulo bien amado! Dichosa Patmos, yo iré á besar tu suelo, donde están impresos los pasos de San Juan, y creeré, como él, ver los cielos abiertos. Ya veo caer al cisma, reunirse el Oriente y el Occidente, y el Asia que ve renacer el día despues de una noche tan larga.»

Esta carta, escrita á Bossuet, jóven todavía, su amigo al principio de la vida, su antagonista al fin, no fué mas que una confidencia sin realización. El obispo de Sarlat, que habia consentido en ella por debilidad, inclinó el espíritu del jóven hácia otro lado por medios indirectos. Llamado Fenelon á París por el arzobispo Mr. de Harlay, fué nombrado, no obstante su juventud, superior de las recién convertidas al catolicismo, cuyo número se habia multiplicado con las persecuciones de Luis XIV. No tenia mas que veinte y siete años, pero la severidad de sus costumbres, el ardor de su fé, la elocuencia de su palabra, la sensatez y madurez de su talento, suplian ya por la autoridad de la edad. Hospedado en la abadía de Saint-Germain des Prés, con su tío el marqués Antonio de Fenelon, que se habia retirado á la sombra del claustro; dirigido por la experiencia del superior de San Sulpicio, Mr. Tronson; animado por Bossuet, su émulo y amigo; viéndolo en la sociedad austera del duque de Beauvilliers y de los familiares de mas rígidas costumbres de Luis XIV; buscado por el arzobispo de París que veía en el jóven sacerdote un adorno de su diócesis, Fenelon gobernó aquella órden de mugeres puesta bajo su dirección y consejos con prematuro tacto. Hubiera podido aspirar bajo los auspicios de Mr. Harlay á las mas altas dignidades de la Iglesia; pero prefirió á todas ellas la amistad entonces estéril de Bossuet, obispo de Meaux, lumbrera de la ciencia y de la elocuencia de la Iglesia. Se hizo, pues, discípulo de Bossuet en vez de hacerse favorito de Mr. Harlay, renunciando al favor por unirse á la gloria. Mr. de Harlay, celoso de Bossuet, se ofendió por

este apartamiento del jóven sacerdote. «Señor abate, le dijo un día quejándose de su afición á agradarle, queréis ser olvidado, pues lo seréis.»

Y fué olvidado en efecto en la distribución de los favores de la Iglesia. Su tío, el obispo de Sarlat, se vió precisado á renunciar en favor de su sobrino, para que pudiera mantenerse en París, el priorato de Carenac, dependiente de su obispado, dotado en la cantidad de tres mil francos, suficientes apenas para las necesidades de una vida ascética. Esta fué la única fortuna de Fenelon hasta la edad de cuarenta y dos años. Pasó algunas semanas en este priorato campestre; distribuyó entre los pobres de la comarca todo lo que pudo cercenar de su módica renta y de sus primeras necesidades. Allí compuso versos, en los cuales se mezcla el sentimiento de la soledad que nos eleva á Dios, con el sentimiento de Dios que llena la soledad. Como la mayor parte de los grandes genios de todos tiempos, *Solon, César, Ciceron, Montesquieu, J. J. Rousseau, Chateaubriand*, cantó antes de pensar. armonía de los versos es anterior en el hombre á la elocuencia, porque en él la emoción del alma precede á la precisión del razonamiento. Los versos de Fenelon tenían la suavidad y gracia de la juventud, no la fuerza del alma verdaderamente poética que se sobrepone desde el primer impetu á las dificultades de la rima y crea á un tiempo mismo sentimiento, palabra y verso. No dejó de conocerlo; y abandonó, á los pocos ensayos los versos á Racine, el Virgilio francés; se resignó con la prosa, instrumento menos duro, menos perfecto, pero mas dócil al pensamiento, y no por eso dejó de ser el genio mas poético de su tiempo.

III.

Volvió á tomar y prosiguió durante diez años la dirección del establecimiento que le habia sido confiado en París, sazonando en la oscuridad un talento y una virtud que muy luego habian de brillar. Compuso para la duquesa de Beauvilliers, madre de jóven y numerosa familia, un tratado acerca de la educación de las jóvenes; libro superior al *Emilio* de J. J. Rousseau, que no es una utopía, sino la práctica razonada de la educación doméstica en la época en que Fenelon escribía.

En él se descubre el fino tacto de un hombre que no escribe para ser leído sino para ser útil á las familias. Solía tambien mezclar con las ocupaciones y deberes de su profesión correspondencias intimas, llenas de cion y de lícita franqueza, con sus amigos, de los cuales habia ya adquirido un gran número, siéndole

el mas querido é intimo de todos el jóven abate Langeron, digno de haber unido su memoria á la de Fenelon. Bossuet era para él mas que un amigo, un maestro; pero un maestro tan querido como admirado, el cual en toda la plenitud de fuerza y autoridad, que se aumentaba con los años, poseia no lejos de Paris, en Germigny, una quinta, descanso y solaz de sus tareas.

Fenelon, el abate Fleury, el abate Langeron, lo mejor de la Iglesia y de la literatura sagrada, acompañaban á Bossuet en su retiro. Allí participaban de austeros placeres; y recibían en confianza sus proyectos de sermones, de oraciones fúnebres, de sus tratados de polémica; presentábasele sus ensayos; enriquecíanse con sus conversaciones familiares en las cuales aquel hombre espontáneo era mas sublime que en el púlpito, porque era mas natural. Semblante asociacion de talentos, maduraba los pensamientos, engrandecía las miras, pulia el estilo, y nutria los corazones. Germigny era un Tibur francés, de genio, de filosofía y de santidad, superior por los hombres y por las circunstancias al Tibur de Roma. Estos fueron los mejores años de la vida de Fenelon; allí gozaba con sus amigos y consigo mismo, y su grande capacidad, encerrada en aquel retiro, no le habia granjeado todavía ni la fama ni la envidia del mundo; habia puesto toda su gloria en la gloria de Bossuet y su ambicion en la amistad de aquellos hombres superiores, y su trato le era tanto mas agradable cuanto que todavía no habia conocido sus caractéres, estando muy lejos de sospechar que sus propias desgracias habian de salir de aquel recinto donde imperaban la paz, la modestia y la dulzura.

IV.

Aun no estaban completamente amortiguadas en Francia las guerras de religion, cuando la revocacion del edicto de Nantes vino á destruir la libertad de conciencia, anulando el tratado de paz entre las religiones, que habia sido promulgado por Enrique IV. Trescientas mil familias fueron espulsadas del territorio, despojadas de sus bienes, privadas de sus hijos, y otras muchísimas en las provincias protestantes se veian obligadas, parte por la persuasion forzosa, parte por la violencia inextinguible, á renegar de la religion de sus padres, y á abrazar la religion del rey. Bossuet aprobaba estas cruzadas interiores contra la Reforma y el fin legitimaba y santificaba á sus ojos los medios. Multitud de misioneros acompañados de soldados y carceleros, recorrían las provincias convirtiendo á los débiles, fortificando á los dudosos, imponiendo la fé á todos y castigando severamente á los obstinados en no admitirla.

Aquellas partes del reino en que el protestantismo habia echado mas hondas raíces, parecían un campo de batalla despues de la victoria, donde comisiones eclesiásticas ambulantes, armadas juntamente con la palabra y la espada, iban restableciendo por la seduccion ó por el terror la unidad de fé. Tal era la obra que Luis XIV, viejo y fanático, se habia impuesto para asegurarse el cielo ofreciendo á la Iglesia un inmenso despojo de almas convertidas ó forzadas por su autoridad. Era Bossuet el ministro intimo de este imperio absoluto sobre las conciencias; y aunándose en él las dos calidades de sacerdote controversista y de hombre de Estado, servía con el ardor de su carácter y de su fé á la Iglesia por el rey, al rey por la Iglesia. Su grande ambicion disimulada á sus propios ojos bajo la santidad del celo, le hacia mantener en equilibrio la balanza entre las exigencias de la corte de Roma y el orgullo de Luis XIV. Contemporizando hábilmente con las dos potencias que se servían temiéndose, conquistaba por medio del rey la Francia protestante al catolicismo; pero adquiría para el rey, en este catolicismo francés, atribuciones temporales y libertades muy parecidas á desobediencia y que casi rayaban en el cisma. Celoso servidor, aunque soberbio, obligaba Bossuet de esta manera á Roma por sus servicios en favor de la Iglesia, á Versalles por su ascendiente con Roma, al mundo por la grandeza de su genio; de modo que sin poseer el título tenia en Francia la omnipotencia de patriarca. Temíale la corte y le respetaba; madama de Maintenon, sin satisfacer completamente la ambicion de Bossuet que aspiraba al arzobispado de Paris y al capelo, desde cuya elevada posicion se hubiera hecho demasiado absoluto y aun indócil, respetaba en él el oráculo de la Iglesia y el director de la conciencia del rey. Aunque madama de Maintenon habia sido arrancada por la persecucion desde su cuna á la fé reformada de su familia, tomaba tambien parte con toda su influencia con Luis XIV en esta nueva persecucion, pareciéndole, como á la corte entera, que la autoridad de Dios y la autoridad del rey confundidas en un solo y único poder, eran bastantes á santificar todo el rigor de esta conversion en masa. Una persecucion que no ha podido olvidarse en dos siglos consternaba parte del Languedoc y del Vivarais; el exceso de vejámenes gritaba venganza, grito que empujaba á importunar á la corte, la cual quiso acallararlo no con devolver á los pueblos la libertad de conciencia, sino por medio de emisarios mas hábiles y tumanos.

Fijó Bossuet los ojos en Fenelon; y en efecto, ninguno era mas apropósito que él para animar las almas abatidas por el temor, para hacer llevadero y voluntario el yugo impuesto, para llevar, por decirlo así, la amnistia de las conciencias á aquellas provincias donde la persecucion y la predicacion hasta entonces se habian desacreditado. Presentado Fenelon por

primera vez y por Bossuet á Luis XIV, no solicitó otro favor del rey sino que se purgase á la religion de toda fuerza coercitiva, que se dejase respirar á los protestantes librándoles del temor que apocaba los ánimos, que se alejasen las tropas de las provincias que iba á visitar y por último que se dejase á la elocuencia, á la caridad y á la inspiracion que obrasen por sí solas en las conciencias á las cuales queria iluminar, no vencer. Luis XIV que anhelaba el fin, no disputó acerca de los medios, y prendado del aspecto, modestia y natural persuasion del jóven sacerdote, le confió las misiones del Poitou. Tomó Fenelon por auxiliares de su empresa á los abates Langeron y Fleury, todos animados del mismo espíritu. Su presencia, su mansedumbre y su predicacion en aquellos países pacificaron los ánimos; obtuvo voluntarias conversiones y no engañó ni al rey ni á Bossuet acerca de la sinceridad de las abjuraciones forzosas que antes que él fuese habian impuesto una fé política á aquellas provincias; defendió con valor los derechos y dignidad de las creencias en su correspondencia con la corte. Acusado por los agentes de la persecucion de una indulgencia que dejaba en pie los gémenes de la libertad de creencias, escribió á Bossuet: «Si se quiere ver como estas gentes reniegan del cristianismo y abrazan el Coran, no hay mas que mandarles de nuevo soldados,» y este lenguaje usado con el mismo Bossuet por un jóven que aspiraba á las dignidades de su clase precedía en dos siglos á su tiempo.

«Continuad enviando trigo, escribia á los ministros del rey, es el argumento mas persuasivo para estas gentes... No se capta la voluntad de los pueblos sino por palabras... necesario es tambien que vean cuantos bienes les resulta de permanecer en el reino y cuantos males de salir de él.» No obstante, véase con dolor en otras cartas de Fenelon á Bossuet sobre el mismo asunto de las conversiones, rasgos de tímida condescendencia con el furibundo celo de este prelado, y algunos deseos de reducir los pueblos á Dios por la autoridad del príncipe. Tan cierto es que ningún hombre se libra completamente de las ideas dominantes, sobre todo cuando se pertenece á uno de esos cuerpos que arrastran á sus miembros á abrazar las opiniones ó pasiones de una época.

V.

De vuelta del Poitou, fué Fenelon designado al rey por el duque de Beauvilliers y por Mad. de Maintenon, para preceptor del duque de Borgoña, su nieto. El duque de Beauvilliers era ayo del heredero del trono. Tal elección

honraba al ayo, á Mad. de Maintenon y al rey. Fenelon parecia predestinado por la naturaleza para estas funciones: su alma era régia, y solo se necesitaba que la transmitiese por medio de lecciones al niño destinado al trono para hacer de él un rey completo, pastor de pueblos, segun la antigua acepcion de este título. Fenelon no habia solicitado tal cargo y solo la fortuna le habia descubierto sacándolo del lugar donde se escondia. Regocijábanse sus amigos por él, si bien lo sintieron por lo que á sí mismo tocaba, pues la corte les privaba de su intimidad. Cuando Bossuet supo este nombramiento, acerca del cual habria sido probablemente consultado, espresó su alegría en una carta de pocas lineas dirigida á Mad. de Montmorency-Laval, prima y amiga de Fenelon, en estas palabras:

«Ayer me hallaba enteramente ocupado con la Iglesia y el Estado, hoy tengo tiempo de pensar en vos y me he enternecido sobremanera. Me he acordado de vuestro padre (el marqués Antonio de Fenelon), mi tierno y virtuoso amigo, y me he preguntado cómo estaria en esta ocasion, al ver brillar á un hombre que ocultaba con tanto cuidado su mérito. En fin, señora, no hemos perdido á nuestro amigo, podeis alegraros de ello; y yo, aunque alejado de Paris por mis ocupaciones, no dejaré de hacer alguna escapatoria para abrazarlo.»

En esta carta se descubre todo el carácter de un hombre; la alegría sin mezcla de envidia del maestro que ve engrandecerse á su discípulo, el recuerdo de una antigua amistad con el jefe de la familia que desearia poder entreabrir el sepulcro para felicitar á los muertos, la ternura varonil de un padre que quiere en su ancianidad volver á ver á su hijo. Tenia Bossuet á veces el corazon endurecido por la polémica é hinchado por la autoridad de prelado, pero con todo era sensible. Sin esta sensibilidad hubiera sido un simple retórico; ¿pero habria sido elocuente? ¿De dónde hubiera sacado esos acentos que conmueven el alma y que arrancan exclamaciones y lágrimas?

VI.

El otro amigo de Fenelon y confidente de su alma, Mr. Tronson, director del seminario de San Sulpicio, le escribió una carta de felicitacion tierna, donde el temor se mezclaba con el gozo: «Se os ha abierto la puerta de las grandes cosas terrenales, le decia, pero debeis temer no se os cierre la de las mas sólidas del cielo... Os dirán vuestros amigos, sin duda, que no habeis pretendido vuestro destino, y aun que esto seguramente no deja de satisfacer, no debeis creerlo por completo; porque las

mas de las veces tiene mas parte de la que se cree en la elevacion propia. Sin saberlo se van quitando obstáculos, y si no se pide nada á las personas que nos pueden valer, no le disgusta á uno presentarse delante de ellas por el lado bueno; y justamente con estas pequenezes se manifiesta el mérito y á ellas deben atribuirse los principios de fortuna. Nadie hay que pueda estar seguro de no haber hecho nada por sí mismo.»

Por esta carta puede conocerse que el escrupuloso director conocia perfectamente los secretos del alma de su discípulo y le advertia acerca de aquella ambicion por el don y la voluntad de agrandar, que le hacia á un tiempo mismo seductor y peligroso.

El primer pensamiento de Fenelon, despues de su elevacion, fué la amistad, haciendo nombrar al abate Fleury subpreceptor, y al abate Langeron lector del jóven principe. El abate Beaumont, otro de sus amigos que era tambien sobrino suyo, fué asociado como subpreceptor al abate Fleury, encerrando de este modo Fenelon todo su corazon en su empleo, y rodeando á su discípulo de una misma alma bajo diferentes nombres. El duque de Beauvilliers, su antiguo amigo, de quien todo dependia, le confió enteramente la educacion del principe, no reservándose mas que la dignidad de sus funciones.

Eran estas tan importantes por las consideraciones que exigia el estado de la corte, como por el destino del jóven, con el cual se confiaba á Fenelon el destino futuro de un pueblo.

Es difícil hoy á la distancia que nos hallamos y despues de revoluciones de tronos y de cumbres que la han aumentado mas, conocer bien la corte de Luis XIV. Era esta á modo de un Olimpo monárquico y cristiano cuyo Júpiter era Luis XIV; dioses y dioses inferiores, divinizados por la adulacion de los grandes y por la supersticion de los pueblos giraban alrededor de él. Sus virtudes eran exaltadas, sus vicios presentados con una audacia de superioridad que parecia poner entre el pueblo y el trono la diferencia de la moral de los dioses á la moral de los hombres. Luis XIV se habia hecho tener como una escepcion en todo aun en la humanidad, y no se juzgaba del rey como se juzgaba de las demas criaturas; parecia tener su conciencia, su virtud, su dios aparte de los demas mortales, siendo aquel el momento único en la historia de la magnificencia de las cortes, de ceguedad en los cortesanos y de humillacion de los pueblos.

Esta magestad del trono provenia menos del que reinaba que de los acontecimientos que habian preparado su reinado. En aquella época estaba madura la monarquia completa y absoluta. Luis XIV no hacia mas que coger su fruto. Dos grandes ministros, *Richelieu* y *Mazarino*, acababan el uno de preparar la tiranía abatiendo la nobleza libre, el otro de preparar

la paz y la obediencia suavizando el yugo que pesaba sobre el pueblo esclavo, atrayéndose los parlamentos, amnistiando á las diversas facciones, seduciendo á la corte, corrompiendo á los principes y poniendo á fuerza de suave maquiavelismo á la Francia vencida, comprada, perdonada y débil en las manos de un niño. La enérgica y dura voluntad del galo en *Richelieu* y el genio griego é italiano en *Mazarino* parecian haberse sucedido y concertado de este modo para acomodar el reino á la servidumbre y á la paz.

Todo el reinado de Luis XIV estriba en estos dos hombres, expresion el uno del terror y el otro del atractivo de la monarquia. Mucho se ha alabado y aun adulado á *Richelieu*; pero no se ha colocado todavia á la misma altura á *Mazarino*. Maquiavelo sin crímenes de la monarquia francesa. Luis XIV despues de estos dos hombres no tuvo que conquistar ni autoridad ni respeto, no tuvo mas que reinar.

Merced á tales precursores no necesitó ser un grande hombre para ser un gran rey; bastábale para el caso tener un corazon elevado y un espíritu justo, y tuvo uno y otro. Su ánimo se iluminaba, pero no por el genio sino por la sana razon; y su corazon se elevaba no por la grandeza de alma sino por el orgullo. Háblale enseñado *Mazarino* á despreciar á los hombres y á creer en el carácter divino de su imperio, y él lo creia y en esto consistia su fuerza. Su idolatria por sí mismo servia de ejemplo á la idolatria que prescribia y que se respiraba en su corte. Habia aprendido ademas de *Mazarino*, uno de los politicos mas sagaces, á conocer bien el valor de los hombres; para Luis XIV reinar bien era estar bien servido. Raras veces se engañaba acerca del mérito de sus servidores, y su reino no era mas que su casa, sus ministros sus criados, el Estado su familia, su gobierno no era otra cosa sino su carácter.

Este carácter de Luis XIV, adornado en el exterior con un resto de la caballeridad de los *Valois*, que encubria en él algun tanto el egoismo y en sus palacios la servidumbre, nada tenia de grande sino la personalidad. Mirándose á sí propio, veia que habia nacido amo, que mandaba bien, que era político en las formas, firme en las relaciones politicas, fiel con sus servidores, conocedor del mérito, y le gustaba absorber en lo que él llamaba su gloria, las grandes reputaciones, las grandes virtudes y los grandes talentos. Contenidas las revueltas del reino, apaciguada la guerra civil, la renaciente paz, la lengua formada, la naturaleza mas fecunda despues de la tempestad, todo parecia que se habia reunido para hacer de la fecha de su reinado la fecha del genio de la Francia en las letras y en las artes, aprovechábase como hombre dichoso y digno de su felicidad, de aquel beneficio de los tiempos, y le acrecentaba animando al genio con sus dádivas y familiaridad y acogiendo á tod

hombre de talento como á un súbdito mas.

En cuanto á la religion puede decirse que tenia dos: la una enteramente política que consistia en llenar literalmente, y aun por la fuerza, en caso necesario, su papel de rey cristianísimo, hijo y precursor coronado de la Iglesia; la otra enteramente privada, heredada de su madre, á la española, escrupulosa de conciencia, literal en las prácticas, supersticiosa en la fé; verdad es que este sentimiento de piedad no tuvo hasta la edad madura sino poquisima influencia. No tenia ni verdadera elevacion de espíritu, ni independencia de alma, ni grande idea de Dios; poseia mas bien la piedad de un esclavo que tiembla que la de un rey que ruega; acomodábala á todas sus pasiones y la profanaba con todas sus debilidades. Inclinado al amor por los sentidos mas bien que por el corazon, habia multiplicado el escándalo; sin embargo, sus amorios no puede decirse que se mancharon con el libertinage, porque una especie de sincera aficion y cierta constancia los elevaron un poco, pudiendo decirse que no eran efecto del vicio sino de la pasion, pero de una pasion á la oriental como la que un sultan siente por su favorita mas bien que la de un amante por su ídolo. Luis XIV incensaba, adoraba al suyo y le hacia adorar á la corte, al ejército, al pueblo, pero despues le rompía para poner otro en su lugar. De este modo habia paseado á su muger rodeada de sus queridas y no se creia bastante reverenciado si no se reverenciaban sus debilidades. Habiendo llegado á la edad madura y prevaleciendo los remordimientos sobre las pasiones trató de conciliar la necesidad que de favorita sentia con la devocion. Ofreciase entonces á sus ojos una muger formada espresamente por la naturaleza y por el arte para este papel, muger á quien habia visto y tratado por algun tiempo, pero sin poderla conquistar sino por medio del matrimonio. Esta muger era *Mad. de Maintenon*.

Reinaba *Mad. de Maintenon* hacia algunos años cuando Fenelon fué llamado á la corte. El destino de aquella fué menos un golpe de fortuna que un resultado del cálculo. Las mugeres virtuosas, pero entrometidas, que cimentan en la buena reputacion los medios de intriga, la han considerado como la patrona y abogada de la ambicion; los hombres han tenido por ella pocas simpatias, porque en su capitulacion con el rey no entró para nada la pasion; y si resistió por tanto tiempo fué solo por poner mas alto precio á los deseos de aquel á quien nunca amó.

Nacida de una familia perseguida y despojada de sus bienes por su constancia en seguir el protestantismo, traida en su niñez de las colonias por una parienta que á su vez carecia de asilo donde acogerse, adquiriendo con el tiempo todas las gracias que esponen á una jóven á la precoz seducccion, inspirando á los que la veian una admiracion que se aumentaba

por sus desgracias, educada en relaciones equívocas de sociedad, viviendo en cierta especie de familiaridad doméstica con la cortesana mas célebre de aquel tiempo, *Ninon de Lenclos*, casada en seguida con un anciano achacoso y burlesco, el poeta *Scarron*, su belleza casta y melancólica contrastando con la edad y el humor de su marido, su pobreza sobrellevada con dignidad, su conducta arreglada é irreprochable en medio de la licencia y la seducccion que la rodeaba, las gracias severas de su espíritu ocultamente cultivadas, una religiosidad alegre, pero sincera, sirviendo á la vez de salvaguardia de su juventud y de base de su consideracion, habian traído sobre ella la atencion de las personas que iban á descansar de las tareas de la corte á casa del *Diógenes* de su tiempo. Viuda muy luego del abate *Scarron*, apartó su viudez de las murmuraciones del mundo metiéndose en un convento; precisada á solicitar la viudez de su marido, se aproximó á la corte donde adquirió nuevas relaciones. Ofreciósele una ocasion propicia de darse á conocer. Buscábase una confidente segura y fiel á quien poder confiar el duque de *Maine*, hijo enfermizo de *Mad. de Montespan*; presentada la jóven viuda á la favorita, la agradó; y recibió de manos del rey y de su querida al jóven principe, á quien llevó á los baños de los Pirineos para restablecer su salud y comenzar su educacion. La correspondencia necesaria que tuvo que sostener desde este punto con *Mad. de Montespan* y el rey, disipó en el ánimo de este último cierta prevencion hacia ella, captándose su aficion y confianza, y en efecto, ninguna muger de su tiempo y acaso de ningun otro, ha escrito en un estilo mas sencillo, mas flexible y al mismo tiempo mas varonil. Tenia su pluma la solidez de su razon y la habilidad de su alma entera; sus musas eran la sana razon, la claridad y la fuerza, cualidades que aunque eran las que mas convenian al genio severo pero exacto de Luis XIV, eran de las que menos recelaba la favorita teniéndolas una confidente. La superioridad de su imaginacion, el fuego y el ímpetu de su pasion, el brillo continuo de su conversacion, la aseguraban de toda rivalidad: temia el genio de la seducccion temia de la simple amistad.

VII.

So capa de modestia de ánimo y bajo el humilde papel de confidente, fué insinuándose la viuda cada vez mas en la amistad de la favorita y cobrando familiaridad con el rey. Sin embargo, la parte que *Mad. de Maintenon* tomaba en unas relaciones que escandalizaban á Europa, exigía de ella acciones no muy con-